

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Los mecanismos de exaltación de Juan Bautista Alberdi en Paraguay: entre las responsabilidades nacionalistas y el revisionismo histórico.

Brezzo, Liliana M. (UCA / CONICET).

Cita:

Brezzo, Liliana M. (UCA / CONICET). (2007). *Los mecanismos de exaltación de Juan Bautista Alberdi en Paraguay: entre las responsabilidades nacionalistas y el revisionismo histórico*. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/196>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI JORNADAS INTERESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Tucumán, 19 al 21 de Septiembre de 2007

Mesa Temática Abierta N° 26 *Historia de la historiografía regional: contextos, condicionantes y argumentos de la Escritura de la Memoria.*

LOS MECANISMOS DE EXALTACIÓN DE JUAN BAUTISTA ALBERDI EN PARAGUAY: ENTRE LAS RESPONSABILIDADES NACIONALISTAS Y EL REVISIONISMO HISTÓRICO

Liliana M. Brezzo* - CONICET – Instituto de Historia UCA.

En la segunda mitad del siglo XIX la guerra de la Triple Alianza (1864-1870) supuso, como todas las guerras, una ruptura intelectual; significó, para el vencido, una interrupción traumática y aunque no existe concordancia en lo que hace a una completa evaluación de sus efectos, se coincide en incluir al cataclismo bélico, junto al *aislamiento*, como un condicionante principal en la evolución del proceso cultural paraguayo¹. En el escenario posbélico, caracterizado por el marasmo económico, la anarquía política, la ausencia de hombres suficientemente formados para dirigir el país y, desde una perspectiva literaria, delimitado por el menoscabo de tradiciones y leyendas, por la pobreza de contenido o de inspiración de obras narrativas y por la escasez literaria, emergerá, hacia el fin de siglo, un grupo de jóvenes formado en esa penuria, primero en el Colegio Nacional

* lilianabrezzo@arnet.com.ar.

¹ Entre las investigaciones recientes provenientes tanto del campo de la Literatura como de la Historia que afrontan la evolución cultural del Paraguay posbélico destacamos las de Teresa Méndez Faith *Paraguay, novela y exilio*, New Jersey, 1985; M. Mar Langa Pizarro, *Guido Rodríguez Alcalá en el contexto de la narrativa histórica paraguaya*, Alicante, 2001; Thomas Whigham, “José Falcón y la construcción del Estado Nacional Paraguayo” en José Falcón, *Escritos Históricos*, Asunción, Servilibro, 2006 y el reciente y sugerente abordaje de Luc Capdevila, *Una guerre totale. Paraguay 1864-1870. Essai d'histoire du temps présent*, Rennes, 2007.

de Asunción, a partir de 1876 y luego en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, fundada en 1889, que fue asumiendo un rol decisivo en la cultura paraguaya. Entre los principales exponentes de la llamada *Generación del 900*, la primera de intelectuales paraguayos, estaban Cecilio Báez (1862-1941), Blas Garay (1873-1899), Juan O’Leary (1879-1969), Manuel Domínguez (1868-1935), Fulgencio Moreno (1872-1933), Arsenio López Decoud (1867-1945), Ignacio Pane (1879-1920), Eligio Ayala (1879-1930) y Manuel Gondra (1871-1927). Junto a la de este elenco juvenil se situará, contemporáneamente, la producción histórica de algunos intelectuales que retornaron luego de la guerra, entre los cuales estaban José Segundo Decoud (1848-1909), Juan Silvano Godoy (1850-1926) y Gregorio Benites (1834-1909). Todos, sin embargo, usarán a la historia como un observatorio sustancial para analizar la *cuestión nacional*: qué había sido, que era y qué debía ser el Paraguay. Como bien ha señalado Josefina Plá, entre otros influyentes autores, en aquellos años de reconstrucción se soslayó la poesía, la novela, el teatro, por considerarlos superfluos “o simplemente inoperantes en la tarea que especialmente les preocupó: la definición de una conciencia histórica, la educación en un sistema de valores universales que prestase sentido a un devenir. Era a todas luces urgente dar a este pueblo abrumado, desnordeado [sic] una fe, un ideario, un rumbo”.² Así, la reciente guerra, sus acciones militares y sus actores se constituirán en el principal objeto de los relatos del pasado *nacional*, a través de los cuales se articularán varios mitos patrióticos y se producirá un tremendo debate historiográfico, en los primeros compases del siglo XX, que dará origen a un exitoso movimiento de *revisiónismo histórico*, que, a su vez, condicionará completamente el modo de hacer historia en el país.

En este contexto, cuando en 1889 se difundió en la prensa asuncena la decisión del gobierno argentino de repatriar los restos mortales de Juan Bautista Alberdi, fallecido en París cinco años atrás, principió en ese país un movimiento de exaltación encabezado por quien fuera su más cercano amigo durante los últimos veinte años de su vida, el abogado y diplomático paraguayo Gregorio Benites, quien se propuso divulgar el pensamiento y la acción intelectual del que, postularía, había sido el más “sincero, leal, noble y desinteresado

² “Contenido Humano y Social de la Narrativa”. Citado por M. Mar Langa Pizarro, *Guido Rodríguez Alcalá en el contexto de la narrativa histórica paraguaya...*cit, página 97. En Biblioteca Virtual Cervantes.

escritor” que durante la guerra había sostenido la justicia de la causa paraguaya, haciéndose acreedor, incluso, a ocupar un lugar en el panteón nacional.

En este análisis se parte del supuesto según el cual en la evolución de las acciones exaltadoras de Alberdi en Paraguay se produjo un cambio de registro de su memoria y, por consiguiente, de la escritura de esa memoria, es decir, la historiografía. Esta mutación tendrá como protagonista, además de Gregorio Benites, al joven profesor de Historia, periodista e integrante del movimiento *novecentista*, Juan O’Leary y consistirá en que mientras el primero, situado como un *historiador testigo*, que había conocido y compartido con Alberdi los años de la guerra y presenciado su defensa intelectual del Paraguay sustentará el impulso exaltador en la justicia y la gratitud nacional de la que se hiciera acreedor, el segundo, en cambio, evolucionará hacia el uso de la figura y la posición del argentino para entretejerlo con una trama revisionista de la historia, centrada en la transformación de la imagen de Francisco Solano López de dictador responsable por desencadenar una guerra desastrosa para su país en un héroe que fue víctima de la agresión de la Triple Alianza, en el que el cataclismo bélico se convirtió en “epopeya nacional” y el pueblo paraguayo en el “invicto vencido”. Para mostrar esta mudanza comenzaré por una breve recopilación del itinerario intelectual y de la índole de los vínculos de Alberdi con el Paraguay durante el conflicto y analizaré, a continuación, una serie de impulsos exaltadores a partir de la repatriación de sus restos y hasta 1910, año en el que se conmemoró el centenario de su nacimiento.

En un marco de referencia general, este estudio se enmarca en el desarrollo de una investigación sobre el discurso histórico y sus condicionantes - epistemologías, contextos intelectuales e ideológicos y tradiciones políticas- de una pléyade de historiadores de Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil, correspondientes a los siglos XIX y XX, vinculados entre sí, en los que se distingue, a priori, construcciones similares sobre el pasado rioplatense, atendiendo, de modo particular, a los vínculos privados, redes intelectuales y a un conjunto de emprendimientos de erudición histórica. Se espera, asimismo, en esta misma línea, contribuir a la mejora del marco conceptual del conocimiento disciplinario referido al *in* y el *out*, el *texto* y el *contexto*, a las relaciones entre procesos de producción intelectual, de edición, de los modos de difusión y de la recepción de los escritos históricos.

La guerra del Paraguay y la propaganda de Alberdi

En los primeros años de la década de 1860, Alberdi conoció en París a Gregorio Benites, joven funcionario de la Legación del Paraguay en Europa. Tenía por entonces más de cincuenta años –casi el doble que Benites – y ya había cesado en su cargo de diplomático de máximo representante argentino ante las Cortes de Francia, Inglaterra, España y el Vaticano. Hasta un año antes de la muerte de Alberdi, en 1884, ambos mantuvieron, en circunstancias diversas, una amistad continuada, reforzada por el padrinazgo de Alberdi sobre Susanita, hija de Benites y de su esposa, Susana Aramburú. Declarada la guerra a la Triple Alianza, en 1864, el gobierno paraguayo autorizó a Cándido Bareiro, titular de la representación diplomática en Europa, a efectuar erogaciones destinadas a financiar artículos en la prensa y ediciones de escritos que sustentaran la equidad de la causa de la república mediterránea y divulgaran una imagen positiva que neutralizara la que los escritores reclutados por los gobiernos aliados pregonaban en las hojas europeas: su “acción civilizadora” en la guerra contra la “barbarie” del Paraguay³. La legación procedió, en cumplimiento de esto, a establecer vínculos con representantes de la prensa francesa e inglesa para procurar la inclusión frecuente de artículos y eventualmente contrató escritores; tal el caso, por ejemplo, de los servicios abonados al escritor Charles Expilly, propietario del *Ethendart*, por su obra *Le Brasil, Buenos Aires y Montevideo et le Paraguay devant la civilización*⁴, obtuvo también los servicios del periodista Theodore Mannequin, que publicó *Intereses, peligros y garantías de los Estados del Pacífico en las regiones orientales de la América del Sud*⁵ y financió en parte - puesto que el resto de los fondos necesarios fueron aportados por el mismo autor- la edición de la obra de Benjamín Poucel, *Le Paraguay moderne et l'interêt general du comerce fondé sur les lois de la*

³ Sobre las estrategias desplegadas por el Brasil, véase, por ejemplo, el interesante artículo de Celeste Zenha, “Imagens do Brasil civilizado no imprensa internacional: estratégias do Estado Imperial” en *Cuadernos do CHDD*, Río de Janeiro, 2003, v.1, n.2, p.423 – 438. Agradezco a Ricardo Scavone Yegros esta referencia bibliográfica.

⁴ REPÚBLICA ARGENTINA, ARCHIVO DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES CULTO Y COMERCIO INTERNACIONAL (en adelante AMREA), Serie Triple Alianza, Documentos tomados al enemigo. Paraguay, N° 5: Memorándum de los gastos hechos por la prensa desde mayo de 1864 hasta fines de 1867. La edición tuvo un costo de 826 francos según cuenta del 15 de marzo de 1866. Se consigna también en esta documentación que, a comienzos de 1867, los servicios de Expilly en la prensa francesa, demandaron un desembolso de 2000 francos por parte del gobierno paraguayo.

⁵ *Ibidem*. La legación pagó una edición en español, de 1200 ejemplares con un costo de 896 pesos y una en francés de 510 ejemplares, a un costo de 2824 francos.

*geographie et sur les enseignements de l'histoire, de la statistique et d'une saine économique politique*⁶. Además de la francesa, la legación consiguió, a mediados de 1866, tras varios viajes a Londres y procedimientos complejos y costosos, los servicios de la prensa inglesa. Cándido Bareiro sostendrá en un informe a su gobierno que había logrado “sensibilizar” a aquella sólo a “costa de sacrificios pecuniarios sensibles en las circunstancias presentes pues había que obsequiar a los hombres que la gobiernan con comidas, cajones de vinos y buenos cigarros”.⁷

Este contexto – la amistad con Benites y la necesidad del Paraguay de divulgar escritos que sustentaran su beligerancia - condicionó la difusión de la posición de Alberdi frente a la política de la Triple Alianza y a la cuestión interior argentina. En 1865 la representación diplomática hizo traducir y editar, con permiso de su autor, la primera edición francesa y dos en español de *Les disensions des Republiques de la Plata et les machinations du Brasil*⁸ al cuidado del conocido escritor y editor francés Eliseo Reclus⁹ y dos entregas del texto *Los intereses argentinos en la guerra del Paraguay con el Brasil*¹⁰. Al año siguiente sufragó la impresión en español y en francés del folleto *La crisis de 1866 y los efectos de la guerra de los aliados en el orden económico y político de las repúblicas del Plata*¹¹ y costeó una tirada del *Tratado de la Alianza contra el Paraguay firmado el 1º de mayo de 1865. Texto del tratado y comentario con carta*. Las fuentes disponibles han permitido probar sólo la financiación de estos escritos, si bien, como es conocido, el publicista argentino escribió, en total, entre 1865 y 1869, seis obras principales en las que desplegaba su universo intelectual en torno al acontecimiento bélico: *Las disensiones de las Repúblicas del Plata y las maquinaciones del Brasil*, en marzo de 1865; *Los intereses argentinos en la guerra del Paraguay con el Brasil, carta dirigida por J. B. Alberdi a sus amigos y compatriotas*, julio de 1865; *La crisis de 1866 y los efectos de la guerra de los*

⁶ *Ibidem*. Marseille, 1867. Se trató de una edición de 600 ejemplares. En total 2662,05 francos.

⁷ *Ibidem*. El servicio de la prensa inglesa demandó una erogación de 13.025 francos.

⁸ *Ibidem*. La edición en francés fue de 1650 ejemplares y las ediciones en español – en formato diminuto, formato mayor y formato esmerado – 2000 ejemplares. Todo sumó una erogación de 4182 francos.

⁹ Por su parte, Eliseo Reclus (1830-1905) publicó cuatro extensos artículos entre 1866 y 1868 en las prestigiosas *Revue des Deux Mondes* y *Revue Politique et Littéraire*, asumiendo la justicia del Paraguay. Transcripción de estos textos en Mida Rivarola, *La polémica francesa sobre la Guerra Grande*, Asunción, Histórica, 1988.

¹⁰ AMREA, Serie Triple Alianza, Memorándum N°5...cit. A cargo de Mr. Boscovitz, que sumaron 1380 francos.

¹¹ *Ibidem*. De 1000 y de 500 ejemplares respectivamente, con un costo de 1155 francos.

aliados en el orden económico y político de las repúblicas del Plata, febrero de 1866; *Tratado de la Alianza contra el Paraguay*, abril 1866; *Las dos guerras del Plata y su filiación en 1867*, en 1867 y *El Imperio del Brasil ante las democracias de América*, en 1869. Si se tuviese que resumir en un par de enunciados el núcleo central de la argumentación diseminada en esos textos, podrían ser los siguientes: en primer término, como López no representaba ninguna amenaza real para la Argentina, la respuesta desproporcionada de Buenos Aires a sus pretensiones sólo podía ser entendida como una faz de la cuestión interior argentina. Esta era toda la causa y origen de la guerra del Paraguay, que jamás hubiese llegado a existir si Mitre hubiese estado por la unión argentina. Alberdi declaraba que la elite porteña veía a López como un caudillo como todos los demás, y en consecuencia parte del caudillismo argentino. En una palabra, en un momento en que Buenos Aires estaba luchando por librarse de los caudillos del interior, la elite porteña sentía que el único caudillo bueno era el caudillo muerto. De ahí que López, un caudillo popular tenía que ser eliminado y desacreditado, aunque eso significara transformar el Paraguay en un cementerio. En segundo lugar, Alberdi atribuye la guerra a la ambición brasileña, de la que Mitre se había vuelto cómplice. En *El Imperio del Brasil ante la América* escribía, en esta línea: "El hecho es que todo el fondo de la cuestión que se disfraza con la Guerra del Paraguay se reduce nada menos que a la reconstrucción del Imperio del Brasil" y en el ensayo *Las dos guerras del Plata y su filiación en 1867*: "Las manifestaciones de simpatía por el Paraguay durante la guerra no han sido insultos a la República Argentina, sino la protesta dolorosa y oportuna contra una alianza que hacía de los pueblos argentinos los instrumentos del Brasil en ruina de sí mismos: han sido una forma necesaria de oposición, impuesta al patriotismo argentino por la bastarda alianza brasilera. He aquí todo el secreto argentino de mis simpatías por el Paraguay en esta lucha: no significan sino un medio de ayudar al éxito de la causa argentina. Mis escritos desagradan a Buenos Aires, no porque favorecen al Paraguay, sino porque defienden el interés argentino". Este conjunto de textos ha sido analizado en diferentes trabajos¹² con el objetivo de definir los términos de la relación del tucumano con el Paraguay en guerra y, sobre todo, respecto a la política del gobierno argentino. Siguiendo este plano de análisis, a

¹² Entre los cuales figuran los de Nicolás Shunway, *La invención de la Argentina* (Buenos Aires, Emecé, 1982), Idalia Flores de Zarza, *Alberdi y el Paraguay*, Asunción, 1978, David Peña, *Alberdi, los mitristas y la guerra de la Triple Alianza*, Buenos Aires, 1972.

modo de hipótesis contrafactual, es probable que si Alberdi hubiese limitado su acción a plantear y dar solución al problema de la organización argentina hubiese pasado tranquilamente el último tercio de su vida oyendo pronunciar su nombre con veneración y no sólo por los estudiantes y especialistas en Derecho Constitucional, sino por todos los argentinos, pero tuvo la desgracia de disentir con Mitre y con Sarmiento acerca de la política adecuada a la situación en que quedó el país después de 1852, escenario en el que la guerra del Paraguay y sus consecuencias no fueron una coyuntura menor, lo que nos lleva a afrontar uno de los hechos relacionados con la postura intelectual de Alberdi durante la guerra, cuyas repercusiones en el campo historiográfico, que es el que aquí interesa, fueron sustanciales: la acusación de *traidor a la patria*.

Todo comenzó al finalizar el año 1867, cuando tras tres años de guerra y fracasadas las negociaciones de paz en Yataity Corá, el presidente Francisco S. López ordenó a Cándido Bareiro que regresase a Paraguay y que el secretario de la Legación, Gregorio Benites, quedase como Encargado de Negocios. El nuevo jefe diplomático resolvió, a mediados de 1868, enviar al Paraguay al joven Emilio Gill, estudiante en la Escuela Militar de Saint Cyr, a efectos de informar al presidente el resultado de las gestiones llevadas a cabo ante los gobiernos de Estados Unidos y Francia para promover su intermediación. Enterado de esta comisión Alberdi envió a Benites una carta, fechada el 28 de junio, con la intención de ratificar los conceptos que ya antes había pedido transmitiera a López:

Tenga usted la bondad de repetirle lo que cien veces he dicho a usted y al señor Bareiro a este respecto; yo no quiero ni espero del señor Mariscal, ni empleos, ni dineros, ni condecoraciones, ni suscripciones de mis libros. Todo lo que yo quiero me lo ha dado ya en parte: es hacer pedazos con su grande y heroica resistencia, el orden de cosas que formaba la ruina de mi propio país; y para lo venidero, todo lo que quiero de él, es una política tendiente a formar una liga estrecha de mutuo apoyo con el gobierno argentino, que representa la verdadera causa de las provincias, para poner a raya las aspiraciones del Brasil y de Buenos Aires, respecto de los países interiores en que hemos nacido él y yo.¹³

Benites agregó esta carta, original, en la valija que Gill debía entregar en Asunción. El enviado paraguayo se puso en marcha hacia América con toda la documentación. Llegó

¹³ Transcrita en *Epistolario inédito Juan Bautista Alberdi - Gregorio Benites*. Edición crítica dirigida por Élica Lois y coordinada por Lucila Pagliai. Estudios históricos de Ricardo Scavone Yegros y Liliana Brezzo, San Martín, Escuela de Humanidades-UNSAM /Asunción-Academia Paraguaya de la Historia, 2007.

a Arica y prosiguió viaje hacia Santa Cruz (Bolivia), con dirección al río Paraguay pero al hallar bloqueado el paso por las tropas aliadas, comunicó a Benites su intención de trasladarse a la República Argentina, al encuentro de un hermano que residía en Buenos Aires. Ejecutada su intención, pasó a Salta, llevando aun consigo la correspondencia que le fuera entregada en París. En esa ciudad, un enviado del presidente Sarmiento lo escoltó hasta la capital, donde Gill debió entregar la valija a las autoridades. La carta de Alberdi a Benites de fecha 28 de junio quedó en manos del presidente Sarmiento, mientras que el resto de los documentos pasaron al archivo de la cancillería argentina. A comienzos de 1869, la prensa del Río de la Plata comenzó a aludir a la "traición" de un personaje y *La Nación Argentina* del 10 de enero publicó una carta de Benites a López, de fecha 25 de junio de 1868 –incluida en la valija diplomática–, indicando que dicha misiva había sido capturada por los ejércitos aliados en los Archivos del Mariscal Francisco Solano López con posterioridad a la derrota paraguaya de Lomas Valentinas, en diciembre de 1868.

Después de la muerte de López en Cerro Corá, el 1º de marzo de 1870, Gregorio Benites, jefe de una Legación de un gobierno que ya no existía, decidió regresar a su país. La correspondencia con Alberdi, que permaneció en Europa, se mantuvo fluida entre ambas orillas del Atlántico hasta que a mediados del año de 1872, el primero regresó al viejo continente en calidad de Ministro Plenipotenciario del Paraguay en Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y la Santa Sede, con el principal objeto de esclarecer todo lo relativo a la colocación de dos empréstitos de un total de tres millones de libras que habrían sido utilizados en la reconstrucción de su país, luego de la guerra. Esta misión le valió a Benites críticas, interpelaciones y, finalmente, al regresar a Asunción a dar cuenta de sus gestiones en Europa, el despojo de sus bienes y la cárcel por parte del gobierno paraguayo que lo acusó de haber desempeñado de modo ilegal y fraudulento su misión financiera.¹⁴ Tras quince meses de prisión, en julio de 1875, abandonó su país para trasladarse a vivir a Buenos Aires. En la capital argentina, el ex diplomático buscó sin éxito empleo como periodista o algún puesto público, hasta que decidió, a mediados de la década del 80, regresar definitivamente a su país. Poco antes de esto, en los primeros días de enero de 1886, Domingo F. Sarmiento escribió la siguiente carta al director del periódico de Buenos

¹⁴ Los intrínquilos de esta misión en Washington Ashwell, "El Embajador Gregorio Benítez y el segundo empréstito de Londres" y en Ricardo Scavone Yegros, "La misión diplomática de Gregorio Benites en Europa entre 1872 y 1874", en Gregorio Benites, *Misión en Europa 1872-1874*, Asunción, FONDEC, 2002.

Aires *El Censor*: "sírvese dar lugar preferente en sus columnas a la carta del traidor Juan Bautista Alberdi, cuyo original estará desde la publicación de su diario en la oficina de *El Censor* para satisfacción de los curiosos". A continuación insertaba, como prueba de la traición a la patria la carta de Alberdi a Benites de fecha 28 de junio de 1868. Dos días después, este último, residente aun en Buenos Aires, se dirigió al director del periódico con la intención de situar la cuestión "en sus verdaderos términos". En cuanto a la procedencia de la carta afirmaba que era una falsedad que se trataba de un despojo de guerra, porque la misma nunca había llegado al Paraguay y menos a las manos de López, sino que fue tomada en Buenos Aires, por las autoridades argentinas. Y en cuanto a su contenido, Benites afirmaba que:

Todo lo que prueba la carta publicada, fuera del noble desinterés de su autor, es que el doctor Alberdi escribió realmente los libros que se le atribuían contra la política de la Triple Alianza, libros que, por otra parte, han circulado en Europa y en América, con el nombre de su autor, doctor Juan Bautista Alberdi [...]. Esa carta formaba parte, como lo dejo dicho, de las correspondencias contenidas en la valija que entregó el joven Gill a las autoridades argentinas y, por lo tanto, pertenece a los archivos públicos de este país. Bien sea que esta carta haya sido sustraída de estos o que se la haya apropiado el funcionario público a quien en tal carácter le fuera entregada.¹⁵

El episodio no pasó de este cruce; poco después, como se adelantase, Gregorio Benites regresó a vivir a Paraguay. Pero transcurridos tres años, los términos de la relación intelectual de Alberdi con la guerra volverán a ser discutidos.

¿Qué debe recordarse? La primera exaltación de Alberdi en Paraguay

Como se ha señalado al comienzo, cuando en 1889 el gobierno argentino anunció que los restos de Alberdi serían repatriados, Gregorio Benites, quien integraba la Suprema Corte de Justicia, sostuvo, acompañado por un pequeño círculo de amigos, que el Paraguay tenía una deuda de gratitud hacia el argentino que era preciso saldar, rindiendo homenaje a su memoria; se dirigía, en términos generales, a una comunidad que desconocía la prolongada amistad personal que ambos mantuvieron, las vicisitudes compartidas en Europa durante los años de la guerra y que, sobre todo, ignoraba los escritos que Alberdi

¹⁵ Transcripta en *Epistolario inédito Juan Bautista Alberdi - Gregorio Benites...cit.*

había producido a favor del país. Benites apeló entonces a dos argumentos principales para instalar su propósito: el primero consistió en subrayar el empeño de Alberdi, durante la guerra, por difundir las virtudes del pueblo paraguayo de “heroísmo, constancia y patriotismo” y el segundo la necesidad de reivindicar “el desinterés y la abnegación” con que había abrazado la causa del Paraguay¹⁶:

Me permito preguntar si es posible que ningún paraguayo, *verdaderamente patriota*, permanezca indiferente y frío espectador en presencia de los restos venerables del ilustre americano que en vida se constituyó de una manera espontánea y generosa en defensor eficaz de la causa y derechos de la nacionalidad paraguaya.¹⁷

Como un detalle considerable para reforzar su discurso, Benites agregó la siguiente cita del texto *Los intereses argentinos en la guerra del Paraguay con el Brasil*:

Es preciso olvidar o alterar la Historia del Río de la Plata para negar que toda la existencia del Paraguay moderno es un litigio de 50 años con Buenos Aires. Empieza con la Junta Provisoria en 1810, continúa con el gobierno de Rosas y acaba con el de Mitre. Llámasele la China de América, *él no es sino el Paraguay, pueblo cristiano, europeo de raza, que habla el idioma castellano* y que un día fue parte del pueblo argentino y capital de Buenos Aires. Su vida actual viene de la gran revolución de América ¿Qué colores lleva? Los tres colores de la Revolución Francesa, como Chile ¿Qué símbolo? La estrella de la fe, como Chile ¿Qué nombre? La República del Paraguay ¿Qué gobierno? El del pueblo, ejercido por un Presidente, un Congreso y los hombres. El Paraguay representa en esta guerra la civilización pues pelea por la libertad de los ríos contra las tradiciones de su monopolio colonial, por la emancipación de los países *mediterráneos* y por el noble principio de la nacionalidad, por el equilibrio no sólo del Plata sino de toda la América del Sud.¹⁸

Esta argumentación, en la que Alberdi enuncia un conjunto de elementos identitarios, es de un valor sustancial puesto que, a partir de esos años, se producirá entre los intelectuales *novecentistas* su apropiación a la hora fijar los mitos patrióticos y los rasgos sobre los que se habría construido la Nación paraguaya.¹⁹

¹⁶ REPÚBLICA DE PARAGUAY, BIBLIOTECA NACIONAL DE PARAGUAY, Colección Juan O’Leary (en adelante BNP – CO), Gaveta 1.

¹⁷ *Ibidem*

¹⁸ *Ibidem*

¹⁹ Por exceder el objeto de este artículo no se profundiza el análisis del proceso de escritura de la memoria nacional paraguaya; basta citar, sin embargo, para dar cuenta de lo afirmado en el texto, que para el año del Centenario de la Independencia de Paraguay, en 1911, Arsenio López Decoud, uno de los intelectuales *novecentistas*, definía a la Nación paraguaya en los siguientes términos: “Existe entre nosotros una perfecta homogeneidad étnica: el pigmento negro no ensombrece nuestra piel. Amamos nuestra tradición y nos es grato conservar nuestro dulce y poético idioma guaraní y él y ella a pesar de todo, nos mantendrán unidos a

Pues bien, para este primer homenaje, Benites propuso el desarrollo de una serie de actos que “en el futuro cercano podrían ampliarse mediante una campaña que diera a conocer, a través de la prensa y de empresas editoriales, toda la obra escrita de Alberdi respecto al Paraguay”. La casi decena de eventos incluyeron un acto público de panegírico en el que intervinieron reconocidos hombres públicos como Pedro Caballero, Benjamín Aceval, César Gondra y al que concurrieron todos los funcionarios de los poderes públicos, una declaración de día feriado, por parte del Poder Ejecutivo, del día en que se desarrolló dicho acto, ordenándose también que la bandera se mantuviera a media asta en los edificios públicos, la reimpresión de *El Imperio del Brasil ante la Democracia de América* para ser distribuido en las escuelas públicas del país, los cambios de denominación a la calle *Atajo* comprendida entre las 14 de mayo y 15 de diciembre (sic)²⁰ por la de Juan Bautista Alberdi y al paraje denominado *Tacuaral* por el de Pueblo Alberdi. Finalmente, por impulso también de Benites, se conformó una Comisión oficial compuesta por el general Bernardino Caballero, Antonio Taboada y por él mismo, encargada de iniciar una suscripción popular en todo el país para levantar una estatua a Alberdi en el centro de la ciudad.

Como bien puede deducirse, este primer impulso exaltador no se trató de una acción popular, sino consciente, liderada por Benites y secundada por un recatado sector de la sociedad paraguaya. Es necesario considerar, en tal sentido, que de los 650.000 habitantes con que contaba el país en esos años, el 80% sólo comprendía y utilizaba el guaraní como comunicación personal, el analfabetismo alcanzaba niveles similares y muy pocos sabían leer; como un dato significativo basta señalar que la tirada de los periódicos que comenzaron a editarse en las últimas dos décadas del siglo, como *La Democracia* (1881), *El Tiempo* (1891), *El Pueblo* (1894) y *El Cívico* (1896) alcanzaban una tirada máxima de 500 ejemplares. Por supuesto había, por otra parte, individualidades intelectualmente

través del tiempo y de las vicisitudes. Hemos cruzado y cruzamos por períodos en los que la ambición política pueden, por momentos, sobreponerse a los intereses del Estado. El mal no es grave ni es hondo: es transitorio y es superficial y lo causa nuestra inexperiencia. Por ello han debido pasar todas las Naciones de América. No podía, pueblo que sólo cuenta 40 años, pues nuestro renacimiento data de 1870, sustraerse a esa dura ley”. En *Álbum Gráfico del Paraguay*, Buenos Aires, 1913.

²⁰ En la actual ciudad de Asunción la calle Juan Bautista Alberdi se encuentra situada entre las calles 14 de mayo y Chile.

sobresalientes como José Segundo Decoud, quien tenía la biblioteca más completa del país y cuyos escritos habían logrado resonancia significativa en el exterior²¹.

No se disponen de constancias de la participación que la representación diplomática en Paraguay o la colectividad argentina pudieron haber tenido en el programa, pero a finales del año 89 el ministro argentino residente en Asunción, Martín García Merou, acabó de redactar un libro titulado *Alberdi. Ensayo Crítico*²². En el prefacio advertía que no se trataba de una obra de polémica, sino de comentario y análisis, cuya escritura la había guiado un espíritu de benevolencia y gratitud hacia el biografiado. Así, anticipaba que “el examen de su actitud, durante la guerra del Paraguay, esbozado en este tomo, será completado en el libro que destinaremos al general Mitre, al ocuparnos del papel histórico que le cupo a éste en la campaña de la Triple Alianza”. En el capítulo XVI, dedicado a afrontar esa cuestión, el escritor ofrecía, para ampliar lo que el biografiado había escrito sobre la guerra y el Paraguay, un testimonio desconocido. La fuente se remontaba a 1865, cuando poco después que se editara *Las disensiones de las Repúblicas del Plata y las maquinaciones del Brasil* apareció en París un pequeño volumen titulado *Le Paraguay*, redactado por el escritor Charles Quentin, defensor de la política brasileña²³. Al llegar a sus manos, Alberdi había realizado anotaciones con su letra menuda y jeroglífica en todas sus páginas, procurando resumir lo que consideraba errores capitales de ese escrito, entregándoselo luego a Gregorio Benites. El texto, junto a los apuntes, casi criptográficos, sin destinatario, nunca salieron de esos folios hasta que García Merou lo citara someramente -sólo se limitaba a comentar la primera página- en su obra ¿Cómo llegó a su conocimiento este material? Según él “la casualidad, ayudada por una atención amistosa” había puesto en sus manos el pequeño volumen; pareciera aludir, sin nombrarlo, a Gregorio

²¹ Su biblioteca llama la atención por la cantidad y la variedad de publicaciones. Por ejemplo, hay una sección dedicada a Historia, Literatura, Ciencias y Política de la República Argentina, en la que figuran los textos más recientes e importantes de la época. Consta que Decoud poseía la edición parisina de 1869 de *El Imperio del Brasil ante la Democracia de América* y las *Obras Completas de Alberdi* (Buenos Aires, 1886 - 8 tomos) y que disponía las obras de Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano*, *Historia de San Martín*, *Rimas* y *Lenguas Americanas*, entre otras. Ver *Catálogo detallado en secciones de la Biblioteca de José Segundo Decoud. Estadista del Paraguay*, Buenos Aires, Spinelli, 1912.

²² Buenos Aires, Félix Lajouane, 1890. La introducción está fechada en Asunción, en diciembre de 1889. El ensayo tendrá otras dos ediciones: Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1916 y Buenos Aires, Rosso, 1939.

²³ Charles Quentin fue contratado por la representación del Imperio en Europa para divulgar la justicia de la acción “civilizadora” del Brasil en la guerra contra el Paraguay. Según pruebas recibía los estipendios directamente de la legación en Londres. Véase Celeste Zenha “Imagens do Brasil civilizado no imprensa internacional: estratégias do Estado Imperial”...cit., página 434.

Benites, quien le habría ofrecido el ejemplar que guardaba en su biblioteca, junto a una significativa cantidad de cartas del argentino dirigidas a él y de otros escritos inéditos. Con posterioridad, ningún otro autor mencionó o amplió las notas intercaladas en el libro de Quentin,²⁴ no obstante que los ínter textos son más extensos – y más relevantes – que los términos abocetados con los que fueran aludidos por García Merou; de hecho conforman un discurso histórico completo sobre el pasado paraguayo. Por ejemplo, comienza Alberdi por afirmar que el Paraguay “no es un país de indios, sino de mestizos”, que su realidad histórica es obra de *Las Leyes de Indias*, “que por dos siglos hicieron de todo el continente una especie de China, leyes chinas sostenidas por Buenos Aires, que hacían un claustro de una península”; que no fueron los jesuitas los que educaron al Paraguay en el gobierno servil, sino las *Leyes de Indias* coloniales de los reyes de España; que la independencia de Paraguay fue realizada “oficial y militarmente, como en toda Sud América”; que el aislamiento del Paraguay no había sido la obra de sus gobiernos, sino el resultado de su “resistencia a la política colonial de Buenos Aires y el Brasil, autores únicos del aislamiento que pretendían hipócritamente querer destruir y que en realidad deseaban mantener en su provecho”; que bajo ningún concepto la tiranía de Francia explicaba el Paraguay de la época, “como la tiranía de Rosas no impidió a Buenos Aires decirse liberal y representante de la civilización”; que Carlos Antonio López había sido el *Portales* del Paraguay, donde “no faltaron *pipiolos* propios y *suizos* o ajenos y voluntarios. López ha hecho todo lo que hace capaz al Paraguay de ocupar la atención general” y finalmente que Francisco Solano López no era el continuador de Francia y de su padre en el despotismo y el aislamiento, sino que “pelea por derribar las barreras que los monopolistas levantan al Paraguay”.²⁵ Es probable que si los términos de esta lectura hubiesen sido divulgados en 1865, hoy contaríamos con algún otro memorable debate retórico, porque la construcción historiográfica de Alberdi se ubicaba en el extremo opuesto a la que prevalecía en esos años en Argentina y a la que se consolidaría inmediatamente después de la guerra: en todos los

²⁴ Hasta que, hace aproximadamente un año, se halló, inesperadamente, el ejemplar de Quentin, mientras se ordenaba un valioso repositorio documental en la Biblioteca Nacional de Paraguay en el marco de una serie de acciones del proyecto de cooperación horizontal FO-AR N° 5087: Preservación de la correspondencia Juan Bautista Alberdi - Gregorio Benites y documentación relacionada obrantes en la Biblioteca Nacional

²⁵ Martín García Merou en su obra *Alberdi. Ensayo Crítico...*cit., página 237 y siguientes. Los intertextos de Alberdi, por otra parte, parecen sustentar su crítica a Quentin en el hecho de que este escritor habría plaiado buena parte de los argumentos sobre el pasado paraguayo del libro de Santiago Arcos, *La Plata. Etude historique*, editado en París en ese mismo año de 1865.

casos el acontecimiento se explicaba como respuesta a la agresión de López, único responsable, y a sus ambiciones desmedidas de liderar la región; el resultado feliz del enfrentamiento había sido la liberación del pueblo paraguayo del sistema bárbaro impuesto por los gobiernos tiránicos que lo habían mantenido aislado de las naciones civilizadas.²⁶ Ahora bien, por esta razón, el ensayo redactado en el mismo año en que se repatriaban los restos del autor de las Bases y se hacía visible el primer impulso exaltador en Paraguay situaban a García Merou –aunque no deliberadamente– frente a una cuestión historiográfica crucial: ¿cómo ubicar a Alberdi entre los próceres argentinos? ¿Cómo exaltar su pensamiento y su patriotismo y explicar al mismo tiempo su defensa intelectual de la causa paraguaya? El escritor comenzaba por ubicar a la retórica alberdiana durante la guerra como una segunda época de su campaña a favor de la integridad de la nación argentina y en contra del localismo de Buenos Aires pero acababa su núcleo argumentativo presentando a la defensa de la república mediterránea como el resultado de una “imaginación sobreexcitada por el ardor de la polémica con Mitre que llevó a Alberdi a un error de percepción sobre lo que realmente era ese país, mostrándolo como sinónimo de libertad fluvial, equilibrio del Plata, civilización y causa de las provincias en contraposición con los intereses de Buenos Aires”. Y para restablecer ese artificio, procedía a ofrecer, para los lectores, el cuadro “verdadero” de la historia del Paraguay: un período de la conquista habitado por una raza nómada, primitiva, con una lengua guaraní limitadísima, no apta para traducir las concepciones del espíritu; el influjo de las misiones jesuíticas como determinante en el carácter nacional del pueblo paraguayo; la Revolución de Mayo llevada desde Buenos Aires, que se estrelló contra el atraso y el aislamiento en que vivía esa provincia bajo el gobierno de Velazco, el surgimiento de la tiranía de Francia como corolario de su situación geográfica, de su sociabilidad mediterránea, de la educación tiránica de los conquistadores y el sometimiento común de la teocracia jesuítica. Describía, finalmente, a Francisco Solano López como dominado por la ambición guerrera, con sueños insensatos de un *imperium* napoleónico y con vértigos delirantes de hegemonía americana. Con este “esclarecedor” discurso concluía que había sido, entonces, la miopía de Alberdi ante la realidad histórica paraguaya lo que lo había conducido a un falso análisis

²⁶ Ejemplos de esta lectura son, entre otros, los textos de José Manuel Estrada, *Ensayo histórico sobre la revolución de los comuneros del Paraguay y la guerra de 1865*, Buenos Aires, 1865, Vicente Fidel López, *Historia Argentina*, Buenos Aires, 1896, Mariano Pelliza, *Historia Argentina*, Buenos Aires, 1897.

sobre las causas de la guerra, más no un deliberado colaboracionismo: "sólo una ceguera incurable, por ser voluntaria, puede afirmar que los gobiernos de Paraguay fusilaron, construyeron y artillaron a Humaitá, invirtieron sumas ingentes y se atarearon veinte años para militarizar el país entero, en prevención de las cuestiones promovidas en la República Oriental por don Venancio Flores"; ceguera parcial que era producto de su alejamiento por tantos años del Río de la Plata, que no le permitía ver la amenaza mayor de aquel poder despótico y formidable, al que, con justicia, se calificaba de "enorme foco reactivo contra la civilización"²⁷.

No disponemos de datos sobre la recepción de esta obra en Paraguay ni sobre la entidad de los vínculos del autor con Benites; en cambio consta que, independientemente de esta acometida biográfica, Gregorio Benites había principiado, en esa época, según lo propusiera en su programa exaltador del año 1889, un proyecto editorial consistente en una compilación de escritos de Alberdi sobre el Paraguay, a la que tenía previsto acompañar, para su divulgación, de un perfil biográfico, propósito que lo llevó a tomar contacto en Argentina con el librero Francisco Cruz, editor de los *Escritos Póstumos*.²⁸ Pero si este corredor epistolar estuvo motivado, en un primer momento, por el trasiego editorial, casi de inmediato se vio atravesado por los significados y por la relevancia que entre los dos quisieron otorgar en Paraguay – aunque infructuosamente – a la inauguración de la estatua de Alberdi en Buenos Aires.

¿Una estatua al “único que escribió sobre política sin practicarla”?

En 1902 se inauguraría en Buenos Aires, en el cementerio de la Recoleta, una estatua de Alberdi cuyos restos serían trasladados desde el mausoleo de la familia Aráoz García Alberdi. Los preparativos, que comenzaron el año anterior, tuvieron a Francisco Cruz y a Benites entre sus impulsores quienes aunque no se conocían personalmente, mantendrían un fluido intercambio epistolar.²⁹ Por ese entonces, el librero, que había

²⁷ Martín García Merou, *Alberdi. Ensayo Crítico...*cit.

²⁸ Empresa editorial que, como se conoce, principiara Manuel Alberdi en 1895. Más, cuando su precario estado de salud le impidió continuarla, la delegó en Cruz, quien después de la muerte de Manuel, en 1900, compró el archivo de su padre, a su heredera.

²⁹ BNP – CO. Correspondencia personal y oficial XXX. La primera carta de Benites dirigida a Francisco Cruz proveniente de la Biblioteca Nacional de Paraguay es del 14 de julio de 1900, para recabar certeza sobre el deceso. Confirmada la noticia, Benites vuelve a escribirle para expresarle que “desde luego yo pensaba en la suerte de los escritos inéditos en vía de publicación. Veo que quedaron bien encomendados”.

comprado todo el archivo de Alberdi a sus herederos y tenía a su cargo la edición de los escritos inéditos, estaba en una situación económica deplorable, que hacía temer la continuidad de tal publicación; de hecho, en una carta dirigida a Benites, acompañando el envío de un regalo consistente en un estuche que había pertenecido a Alberdi, le proponía:

Como mi situación es tan violenta, desearía vender los libros que tengo en mi poder, que son unos 600 tomos, aun perdiendo; lo mismo el uniforme y otros objetos, creyendo que allí los aceptarían, razón por la cual desearía me manifestara su conformidad, pues allí existe una solicitud enviada a este país por el Ministro Plenipotenciario Dr. Iturburu pidiendo la suscripción de las Obras Póstumas.³⁰

Si bien la compra no se efectuó, la correspondencia continuó en torno a posibles proyectos editoriales, invariablemente con el objeto principal de “hacer justicia a los grandes servicios de Alberdi”³¹. En este intercambio, Benites le refiere a Cruz su plan biográfico a lo que aquel responde, a comienzos de 1902: “no olvido lo que Ud. me dijo, que iba a escribir la biografía de Alberdi, la que es fuera de duda que tendrá un gran valor si, como es seguro, se detiene minuciosamente, en la época de la *guerra del Paraguay*”³². Contemporáneamente, habiendo quedado materializado en Buenos Aires, el proyecto de erigir la estatua, Cruz le propuso a Benites que, entre ambos, lanzasen la idea en el sentido que el pueblo y el ejército paraguayo adhiriesen y mandasen una representación al acto de inauguración del monumento; para garantizar esta asistencia creía posible, incluso, que “el Gobierno Argentino, como acto de galantería [enviase] un buque de la escuadra – ¿por qué no?- para el viaje de la delegación paraguaya. Y creo más, señor Benites: tal vez, si la idea se tomara allí con entusiasmo, el acto de la inauguración del monumento de Alberdi, podría adquirir todas las proyecciones de un acontecimiento internacional ¿Acaso por un acuerdo de los dos gobiernos, no podría trasladarse a esta capital un batallón paraguayo en representación de todo el ejército? Entonces la solemnidad sería verdaderamente

³⁰ *Ibidem*. De Francisco Cruz a Gregorio Benites, Buenos Aires, 21 de Enero de 1901.

³¹ *Ibidem*. El 15 de junio de 1905, por ejemplo, Cruz le escribía a Benites en ocasión de un envío de tomos de escritos: “Tengo el agrado de enviarle dos tomos que contienen materiales que han de interesarle, porque se refieren a la persona íntima, puedo decir, de su ilustre amigo, el Dr. Alberdi. En el tomo XV verá usted el trabajo que escribió a su pedido cuando regresó de Europa en 1879. Le ruego, señor, que sea benévolo con el Editor, teniendo en cuanto que, en menos de un año, ha publicado cinco tomos. Imagínese la tarea para reunir y ordenar los materiales”.

³² *Ibidem*. De Francisco Cruz a Gregorio Benites, Buenos Aires, 29 de Enero de 1902.

grandiosa”. Se trataba de hacer de la inauguración de la estatua “una gran fiesta popular de confraternidad argentina- paraguaya”:

Difícilmente se podrá presentar una ocasión mejor, porque ahora no hay susceptibilidades ni etiquetas que puedan retraer al pueblo paraguayo a trasladarse a esta capital; y exagerando, diré, al pueblo todo, íntegro. Vendría nada menos que a glorificar a uno de los grandes hombres de esta República. Mi opinión es que la delegación tiene que ser muy numerosa. Deben venir representantes del gobierno, poder ejecutivo y legislativo; del ejército, jefes, oficiales y algunos soldados, de los más llenos de gloria, de las reparticiones públicas, facultades de derecho, medicina, ingeniería, correos, aduana, asociaciones particulares, diarios, etc. ¿Qué propósito traería a los paraguayos? El muy noble de rendir homenaje a la memoria del Dr. Alberdi.”³³

Y el resultado que los paraguayos obtendrían consistiría, nada más y nada menos que:

Los trofeos de guerra, arrancados de las manos de los héroes moribundos....esos trofeos no tienen colocación posible en nuestros museos y deben ser devueltos al noble pueblo que los sostuvo...”. Es necesario, señor que estos dos pueblos hermanos se den un estrecho abrazo. La ocasión se ha presentado: se abrazarán sobre la tumba del ilustre argentino, a quien sus enemigos llamaban traidor porque sirviendo a su país y a la América se oponía a la guerra. Le suplico que a los señores del *Instituto Paraguayo* les haga extensivas mis ideas de esta carta”.³⁴

En los meses previos a la inauguración, el diario paraguayo *La Patria* publicó una serie de artículos y a través de sus páginas se invitó a participar de una reunión en el *Instituto Paraguayo* con el fin de nombrar a un representante del país cuando se trasladasen los despojos del “gran Alberdi”. Benites publicó por su parte, en los diarios asuncenos *El País* y *El Paraguay* artículos de oportunidad y en *La Patria* insertó, incluso, algunas cartas de Alberdi que poseía para que “los grandes méritos de Alberdi para con el Paraguay sean bien conocidos”³⁵ El entusiasmo de Cruz y de Benites tuvieron, sin embargo, una recatada repercusión en Paraguay. La delegación se limitó a autoridades de la Municipalidad de Asunción, al Dr. Manuel Gondra, en representación del *Instituto Paraguayo* y al Dr. Manuel Parodi quien participó en nombre de los paraguayos residentes en Buenos Aires. Por su parte, la prensa prosiguió dando cuenta de los preparativos: el 27 de septiembre

³³ *Ibidem*, Buenos Aires, 31 de agosto de 1901.

³⁴ *Ibidem*. La cuestión de la devolución de los trofeos es uno de los ejemplos supuso de cómo seguirían afectando por largo tiempo las secuelas de la guerra en la memoria colectiva paraguaya y en las relaciones políticas con la Argentina. Hemos abordado esta cuestión en *Aislamiento, Nación en Historia en el Río de la Plata: Argentina y Paraguay Siglos XVIII – XX*, Rosario, 2005, páginas 233 y siguientes.

³⁵ BNP, CO. De Gregorio Benites a Francisco Cruz, Asunción, 30 de septiembre de 1902.

anunciaba que al día siguiente sería descubierta en Buenos Aires la estatua del “esclarecido tucumano”; *La Patria* publicó, asimismo, sendos artículos titulados *Ante el monumento del Doctor Alberdi* y *La Apoteosis de Alberdi*.

Ninguna de las empresas de erudición histórica incoadas en el intercambio epistolar entre Benites y Cruz cristalizó y tampoco parecía acabar de cuajar en Paraguay la corriente intelectual –popular– favorable a Alberdi. Dos hechos, sin embargo, de sustancial importancia, condicionarían la transición hacia una nueva estación historiográfica en la que el pensamiento y la actuación del argentino serían resituados. En 1897, Blas Garay, uno de aquellos jóvenes egresados de la Facultad de Derecho de Asunción, había publicado cuatro obras: *La revolución de la independencia del Paraguay*, *Breve Resumen de la Historia del Paraguay*, *Compendio Elemental de la Historia del Paraguay* y *El Comunismo en las misiones de la Compañía de Jesús*. Concebidos como libros de texto y publicados en el mismo año de 1897, esta producción inauguró en su país, desde una perspectiva morfológica, un modelo erudito de escribir la historia, apoyada en documentos, pero sobre todo constituían los primeros relatos de historia nacional en la posguerra. El otro acontecimiento historiográfico consistió en la difusión de una serie de artículos que bajo el título general de *Recuerdos de Gloria* comenzara a publicar el veinteañero profesor de Historia y periodista Juan O’Leary en el diario *La Patria*, a partir del mes de abril 1902, en los que por primera vez un escritor paraguayo divulgaba relatos centrados en la guerra contra la Triple Alianza con el propósito de exaltar el heroísmo del pueblo vencido en una lucha “desigual”. Al mismo tiempo regresó al país, tras una misión diplomática en México, el Dr. Cecilio Báez, líder principal de los adscriptos al movimiento *novecentista*, quien comenzó a publicar en las columnas del diario *El Cívico*, otra serie de artículos titulados *Estudios Políticos*, en los que exhibía, de manera opuesta, una lectura crítica sobre la guerra, sobre Francisco Solano López y sobre los períodos de gobierno de José Gaspar Rodríguez de Francia (1811-1840) y de Carlos Antonio López (1844-1864), llegando a sostener en uno de ellos que “el sistema de aislamiento del Dr. Francia obedeció a la necesidad de defensa exterior, pero que la amenaza desapareció con la caída de Rosas en 1852. La incomunicación, sin embargo, duró desde 1811 hasta 1865 en que estalló la guerra. ¡54 años de despotismo, de terror, de tinieblas, de pobreza, de soledad, de servidumbre”, por lo tanto, seguía explicando, “la ruina del Paraguay se debe al sistema de

despotismo y a la insensatez de su tercer y último tirano que sucumbió en 1870, no en defensa de la patria, sino en aras de su insensato capricho, de su vanidad, de su orgullo y de su loca ambición” y concluía con una expresión lapidaria: “el Paraguay es un país cretinizado por *saeculorum* despotismo. Y he aquí que el pueblo sigue siendo un cretino, es decir, sin voluntad ni discernimiento”. Tan contundente visión crítica sobre el período denominado *La Primera República Paraguaya*, comprendido entre 1811 y 1870 y, sobre todo, el calificativo de “cretino” a quienes pretendían justificar ese pasado, encendieron la polémica. O’Leary, quien hasta ese momento había tenido a Báez por su maestro, salió a refutarlo desde las columnas de *La Patria*. Pensando que tenía 23 años en 1902, sorprende la juventud y la osadía con que participó en el debate con un hombre público que contaba con 40 años y era ya consagrado en la opinión intelectual paraguaya.

La impugnación de O’Leary de la condición de cretinismo como producto de la tiranía, que Báez endilgaba a la sociedad paraguaya, se centró en una argumentación a favor del heroísmo de la raza paraguaya y en la contribución que el aislamiento hiciera, contrariamente a lo sostenido Báez, en el acrecentamiento del orgullo nacional y el reforzamiento de los elementos identitarios.

Báez lo refutó, a su vez, exponiendo la necesidad de distinguir en su interpretación de la historia nacional entre el heroísmo paraguayo durante la guerra y la glorificación de los tiranos:

Políticos sin escrúpulos, ciudadanos sin méritos reales se declaran los únicos patriotas, los únicos honrados y desde la prensa y los corrillos declaran traidores, ambiciosos e ineptos a los enemigos políticos que pueden estorbar sus ocultos designios de predominio. A estos se unen individuos interesados en arrancar el laurel de la frente de los héroes para traspasarla a la del Mariscal López [...] Así se formaba ambiente en el país para hacer factible la glorificación del Mariscal López; se hablaba ya de *Los hombres montañas*, de las figuras ciclópeas de la historia entre quienes se incluía a Francisco Solano López.³⁶

En los artículos cruzados por estos dos historiadores en esta polémica mediática se puede establecer la primera escisión en el modo de concebir y de practicar la historia en ese país, porque si bien para ambos la función del *patriotismo* en el quehacer historiográfico no se discute en ninguno de los momentos de la escorada discusión, Báez sostiene la necesidad de hacer una historia a la vez *sincera*; según propia afirmación su

³⁶ Cecilio Báez, *La tiranía del Paraguay. Sus causas, caracteres y resultados*, Asunción, 1903, página 7.

propósito consistía en abrir los ojos a sus conciudadanos “para que contemplen su pasado ignominioso, aborrezcan la tiranía y amen la libertad y la justicia”.³⁷ En un artículo titulado *Carta a la juventud*, que forma parte de este intercambio, discurre sobre la eficacia de la historia como enseñanza de los pueblos, y reafirma el valor de la sinceridad en la lectura del pasado:

La verdad debe decirse a toda costa, porque sólo la verdad es edificante. Sin embargo, no faltan los falsos patriotas que enseñan que no debemos decir la verdad contra el crédito del propio país. Pero yo digo que la verdad debe decirse aún contra el crédito del propio país porque esa es la manera de servirle y de corregir sus errores. ¿Qué mal hay en decir que el despotismo ha embrutecido al pueblo paraguayo, anulando su sentido moral y sentido político? ¿Qué mal hay en decir que el tirano López ha acometido al Brasil y la Argentina, sin causa justificada, acarreado al país su ruina y el exterminio de sus habitantes? Cuando lo uno y lo otro es la verdad, no hay ningún mal en decirlo. Por el contrario es un bien en confesarlo. Ya la guerra ha terminado hace 32 años, ya la patria ha sido desmembrada y arruinada...pues bien: averigüemos quien es el autor de tanto desastre. [...] De eso sacamos la lección de que debemos educar al pueblo para no volver a caer bajo el yugo del despotismo.³⁸

Por su parte O’Leary mantendrá una posición en la cual historia *patriótica* era inseparable de una historia rebotante de *responsabilidades nacionalistas*, con el riesgo, claro está, de contraponerse a una historia independiente, rigurosa y sincera. Por primera vez en Paraguay se producía una disputa de esta índole y tuvo un impacto más allá del ámbito estrictamente intelectual. De hecho, según testimonios, “las discusiones se prolongaban en el hogar. En los cafés, los concurrentes defendían sus ideas a botellazos, con tazas y sillas. Grandiosas manifestaciones populares recorrieron las calles, aclamando a uno y otro bando, a uno y otro de los polemistas.”³⁹

¿Por qué tuvo tal resonancia esta batalla dialéctica? ¿Por qué la visión del pasado de Juan O’Leary finalmente contó con un respaldo mayor, otorgándole la victoria en la controversia? Por varias razones. En primer término, la postrada sociedad paraguaya buscó y encontró, en la reconstrucción del pasado ofrecida por O’Leary algo que una vez tuvo - bienestar, tranquilidad, riqueza- y que ya no tenía, por culpa de los vencedores de la guerra, a quienes responsabilizaban de su situación. En segundo término, la historia de O’Leary era una historia patriótica, cuyo principal objetivo era custodiar y reconstruir a la

³⁷ *Ibidem*, pág. 240

³⁸ *Ibidem*, página 71.

³⁹ Natalicio González, *Letras Paraguayas*, Asunción, 1988, página 184 y siguientes.

nación paraguaya después del drama bélico: “he querido ser, diría O’Leary, el animador, el unificador y el dignificador del espíritu nacional”. En efecto, el triunfo de esta lectura del pasado catapultó, en Paraguay, una historia rebotante de responsabilidades nacionalistas, cuyo foco de positividad estará en la guerra contra la Triple Alianza.

En este escenario, Benites entabló con Juan O’Leary una amistad que irá estrechándose cada vez más con el correr de los años. El triunfante esquema interpretativo de este último sobre el pasado nacional permitirá reflotar los esfuerzos por consolidar la corriente intelectual a favor de Alberdi en Paraguay.

Del 95º aniversario al Centenario: entresijos de la exaltación

Sin que consten las circunstancias, Gregorio Benites y Juan O’Leary se conocieron hacia el año 1900⁴⁰. El joven periodista sintetizaría el significado de ese encuentro:

Extraño profesor de historia para mí. Un actor principal que regresaba de nuestro ayer para reencender las cenizas y dar nueva vida a las cosas fenecidas. El pasado confidente del presente. La historia vibrante en los labios de quien escribió tantas de sus páginas. Y yo, como ante un desfile cinematográfico de sorprendentes acontecimientos. En estas pláticas surgió un día en sus relatos, *Alberdi, víctima, como el Paraguay, del odio mitrista*.⁴¹

Intercambio epistolar mediante – O’Leary vivía en Asunción en tanto Benites residía en Villa Rica – ambos se unirían en el empeño común por dar a conocer a Alberdi y a sus escritos a favor del país durante la guerra. En los primeros meses de 1905, O’Leary escribe a Benites comunicándole que tiene en preparación un ambicioso proyecto:

En estos momentos estoy empeñado en un trabajo que, para Ud., resultará muy simpático: me propongo hacer la historia de todo lo que escribió a favor del Paraguay su grande amigo el Dr. Alberdi [...] Mi idea es atrevida, pero ante todo es patriótica. Nuestra juventud, nuestro pueblo no saben quien fue el Dr. Alberdi. Y es necesario que lo sepan. Uno de los capítulos más importantes de mi futuro trabajo estará destinado a las relaciones de Alberdi con Ud. Para escribir ese capítulo me es indispensable su concurso. Y a usted acudo, mi buen amigo, en demanda de datos. Ruégole me envíe todo lo que pueda, referente a sus relaciones con aquel grande hombre: copia de sus cartas, notas de sus conversaciones, de sus confidencias, detalles de sus intimidades de amigos, todo, en fin, lo que pueda despertar interés y hacer resaltar la inminente figura del gran pensador. Por lo demás, cualquier dato inédito sobre el mismo me sería de gran utilidad.⁴²

⁴⁰ Juan O’Leary, “Gregorio Benites – Ilustre prócer guaireño”, en *Chaco – ré*, Asunción, 1979, N° 2.

⁴¹ *Ibidem*

⁴² BNP – CO. Gaveta 4, Gaveta 4, Cuadernos de Recortes y Recuerdos CXLII. De Juan O’Leary a Gregorio Benites, S/L, 19 de mayo de 1905.

La rápida contestación de Benites, felicitándolo por la iniciativa, contenía, a su vez, una promesa de incalculable valor:

Lo felicito muy de veras por el importante trabajo en que me dice estar Ud. empeñado para hacer conocer la historia de los trabajos de Alberdi a favor del Paraguay. Es muy justo, pues le aseguro que nadie ha servido al Paraguay en su última guerra internacional con más autoridad y más entrega que el gran pensador americano, mi ilustre finado amigo [...] Es preciso haberle conocido y tratado en la intimidad con que nos tratábamos conmigo, para poder apreciar, en la realidad, las simpatías y el interés que le inspiraba la causa del Paraguay. Su interés era noble y generoso. Cuanto más desastrosos eran los reveses militares del Paraguay, mayor fue la decisión de Alberdi en la defensa de la causa de nuestro país. Encontrarse en compañía de Alberdi en aquella coyuntura era para un paraguayo como hallarse en su país, entre sus compatriotas. Nuestra conversación, día y noche, era sobre las cosas de América, especialmente del Río de la Plata y el Paraguay que Ud. habrá leído en sus obras póstumas era el tema permanente y predilecto de nuestras largas y variadas pláticas [...] Con el más vivo placer y la mayor voluntad le voy a proporcionar no sólo los datos que me pide sobre el eminente amigo del Paraguay, sino sobre todo le voy a regalar toda su correspondencia particular que poseo, de puño y letra del finado desde el momento en que tuvo noticia de haber yo recuperado mi libertad del cautiverio en que me tenía el gobierno salvaje de nuestro país en 1874 –75.⁴³

El 22 de julio de 1905 se produjo el traspaso: “Según le he ofrecido, le mando la colección de las cartas confidenciales de mi finado amigo Dr. Alberdi para que V. haga de ellas el uso que juzgue conveniente. Ojalá pudiera V. descifrar correctamente sus *jeroglíficos*.”⁴⁴

Al acusar recibo de la encomienda epistolar, O’Leary le escribe que:

Lleno de infinito placer saboreé los párrafos llenos de revelaciones históricas de esos valiosos documentos que tuvo Ud. la bondad de poner en mis manos. Mil gracias, mí querido amigo. ¡Feliz de mí si puedo hallarme digno del tesoro que Ud. me ha donado! Tengo esperanzas de que Ud. no se arrepentirá de haber sido tan generoso conmigo. Poseedor de datos inéditos, tan interesantes, tengo la seguridad de que mi trabajo sobre el Dr. Alberdi será leído con gusto. Sólo espero de su bondad una última prueba: espero los datos sobre sus relaciones con Alberdi y los que se relacionan con su vida agitada y tormentosa, sean los que fuesen.⁴⁵

Y Benites:

⁴³ *Ibidem*. De Benites a Juan O’Leary, Villa Rica, 5 de junio de 1905.

⁴⁴ *Ibidem*. Villa Rica, 22 de julio de 1905.

⁴⁵ *Ibidem*. De Juan O’Leary a Gregorio Benites, Asunción, 1 de agosto de 1905.

V. debe imaginarse lo que habré pensado antes de destinarle las cartas originales de mi finado eminente amigo Dr. Alberdi, que contienen la expresión espontánea y sincera de sus íntimos sentimientos. A Ud. por méritos reales de buen amigo y de abnegado patriota le he designado para ser el poseedor de esos importantes documentos históricos. Con cuanto placer leía yo y leían todas sus impresiones escritas sobre las cartas de Alberdi, no sólo en el Paraguay sino también en el extranjero y especialmente en los países del Plata donde se agita actualmente la idea de levantar una estatua al ilustre americano. Ahora que Ud. me revela su idea de hablar de Alberdi, me permito decirle que la concepción de su proyecto es muy oportuna y patriótica. A los paraguayos nos incumbe la honrosa misión de hacer conocer a nuestros compatriotas quien era Alberdi para el Paraguay. Yo por mi edad avanzada por un lado y por otro por mi insuficiente preparación para emprender tan importante labor, me permite recomendar a su ilustrada competencia la realización de esa *obra patriótica*. Ocuparse de Alberdi con los documentos originales que Ud. posee será la demostración de su indiscutible valor y de sus elevados méritos. A medida que Ud. lea las cartas de Alberdi se informará del carácter de nuestras relaciones. En ellas está revelado.⁴⁶

Conviene detenerse un momento en los motivos que llevaron a Benites a elegir a O'Leary como depositario de las cartas, puesto que no fue la primera ocasión en que se había mostrado dispuesto a efectivizar su traspaso o facilitar copia de las mismas con el propósito de que fuera difundido su contenido. En el intercambio epistolar mantenido con Francisco Cruz ya había surgido el tema de las misivas que Benites conservaba en su archivo privado. Se trataba, según aseguraba al editor, de un cuerpo de más de 200 epístolas que Alberdi le dirigiera en distintas épocas. Cruz le había mostrado, a su vez, en reiteradas oportunidades, su intención de publicarlas: “quiero insistir molestando a usted en el pedido que le hice la vez pasada, referente a que me facilitara copia de toda la correspondencia del Dr. Alberdi que existe en su archivo, para publicarla en un tomo de *Correspondencia política, histórica e íntima*”. Con ocasión de la publicación de algunas de aquellas en *La Patria*, en los días previos a la inauguración de la estatua de Alberdi en Buenos Aires en 1902, Cruz renovó la propuesta en el sentido que:

Sería muy fácil hacer esa publicación, aprovechando el libro *Pensamientos* que yo publiqué la vez pasada. Al efecto no habría nada más que suprimirle a ese librito hasta la página LXVIII, es decir, la introducción y en reemplazo de ella poner 100 o 150 páginas de pensamientos referentes al Paraguay, de modo que a eso, que tanto interesaría a la juventud de ese país, quedaría agregado todo lo que se refiere a economía, derecho, política, educación, etc., etc. Podríamos editar 1000 o 2000 ejemplares que adquiriría el gobierno de Paraguay a condición de pagar su importe en tierra pública que se destinaría a la fundación de una *Villa Alberdi*.⁴⁷

⁴⁶ *Ibidem*. De Gregorio Benites a Juan E. O'Leary. Villa Rica, 9 de Agosto (¿?) de 1905.

⁴⁷ *Ibidem*. De Francisco Cruz a Gregorio Benites, Buenos Aires, 19 de Octubre de 1902.

Según dejaría consignado, Benites le habría mandado copia de buena parte de ellas pero el paquete nunca llegó al destinatario: “El señor Cruz me había pedido las cartas de Alberdi para publicarlas con las demás correspondencias confidenciales del mismo, con otros amigos. Yo se las mandé en copias, la mayor parte de ellas; pero no he sabido porque causa quedaron en el correo de Buenos Aires, con mis cartas certificadas. Me las han devuelto después de algún tiempo. Desde entonces no le he vuelto a escribir; él, por su parte, me suele mandar algunas tarjetas, con este expresivo rótulo: *Al gran amigo de Alberdi*. Pero yo, conocedor íntimo, más que nadie, de los escrúpulos del finado, me suelo preguntar si el señor Cruz ¿no será *porteño*?⁴⁸

Tiempo después, en los primeros meses del año 1905, poco antes del traspaso de las cartas a O’Leary, el periodista argentino residente en Asunción, Manuel Olleros, publicó una serie de artículos en el diario *El Cívico*. Su principal propósito era contrarrestar el discurso divulgado por O’Leary desde las columnas de *La Tarde*, dentro del cual pretendía asociar la posición intelectual de Alberdi respecto al Paraguay con una defensa del gobierno de Francisco Solano López y de su decisión de llevar la guerra a la Triple Alianza. Para esto, Olleros argumentaba, a lo largo de sucesivas entregas en la hoja asuncena, que su compatriota no había traicionado a su patria cuando sustentara la justicia de la causa paraguaya pero, sobre todo, que cuando defendía al Paraguay “no involucraba torpemente en su defensa a los tiranos del Paraguay”; en todo caso no podía haber defendido al Mariscal sino “en cuanto ignoraba que era un tirano abominable”:

¿Se prostituyó oficiando en los altares del despotismo? ¿Hizo el panegírico de los tiranos sabiendo que hablaba de tiranos? No, no lo defendió a López porque en su convicción los crímenes que se le imputaban a López eran una calumnia fraguada por sus enemigos, de lo cual se deduce que si le constara lo contrario, su condenación hubiera sido la primera de las condenaciones”, es decir, la causa del Paraguay no era la causa de sus tiranos.⁴⁹

Pues bien, según testimonio de Olleros, en el transcurso de la aparición de sus artículos como así también posteriormente, al preparar el breve libro –compilación de aquellos textos- Benites le había ofrecido las cartas:

⁴⁸ *Ibidem*. De Gregorio Benites a Juan O’Leary, Villa Rica, 22 de julio de 1905.

⁴⁹ Mariano Olleros, *Alberdi. A la luz de sus escritos en cuanto se refieren al Paraguay* Asunción, El Cívico, 1905, página 334 y siguientes.

Dijimos que había sido puesta a nuestra disposición la valiosa colección de cartas del ilustre escritor que se encuentra en poder de un distinguido hombre público de este país, siendo nuestro propósito utilizarlas publicándolas por vía de apéndice del trabajo que ejecutamos [...] Hemos agradecido debidamente el generoso ofrecimiento, pero si bien en un primer momento pensamos utilizar aquel tesoro de documentación, hemos debido variar posteriormente de idea.⁵⁰

Razones diversas, sin más explicaciones, es lo que adujo Olleros para finalmente declinar el generoso ofrecimiento.

El 29 de agosto de 1905, fecha en la que se conmemoraba el 95º aniversario del nacimiento de Alberdi, O’Leary publicó en *La Tarde* una carta abierta a Gregorio Benites en la que agradecía públicamente el obsequio y adelantaba impresiones sobre el contenido:

Admirable correspondencia en que se refleja, toda entera, la personalidad íntima del genial tucumano. Cada carta ha venido a rebelarme una nueva faceta del prodigioso diamante [...] ¡Cuanto amor por nuestra tierra! ¡Cuánto interés por nuestra suerte! El Paraguay era la obsesión, era la idea fija de aquel hombre que en Ud. encarnaba la personificación, brindándole, en el mundo de la amistad, el cariño y la admiración que brindaba a nuestra patria en el mundo del pensamiento. El sólo hecho de haber sido amigo de Alberdi y haber conseguido su concurso en la defensa del Paraguay, bastaría para hacer destacar triunfante su personalidad sobre la turba anónima de la humana medianía.⁵¹

Agregaba que tenía previsto tener listo a finales de ese año una obra en la que diría “todo lo que pensaba sobre el Dr. Alberdi, presentando a nuestros compatriotas, tal como fue, la obra íntegra del gran tucumano que por nosotros murió motejado de traidor y cuya memoria aun hay almas mezquinas que injurian en nuestra patria cuando en la suya los porteños han depuesto todos sus odios para escribir en su monumento este epitafio elocuente: la luz de su pensamiento nos guió a la civilización”.⁵² En una de índole particular en la que Benites le agradece a O’Leary la carta abierta y vuelve a subrayar la necesidad de que, entre ambos, ayuden a consolidar la corriente intelectual hacia Alberdi, aparece finalmente, la clave que explica la decisión de regalarle las cartas:

He leído con el más vivo placer su carta abierta publicada en *La Tarde* el 29 de agosto ppdo. que V. me hizo el honor de dirigirme con motivo del 95 aniversario del nacimiento de mi

⁵⁰ *Ibidem.*

⁵¹ *La Tarde*, Asunción, 29 de agosto de 1905.

⁵² *Ibidem.*

inolvidable amigo, Dr. Juan Bautista Alberdi, el generoso defensor de la causa del Paraguay en días aciagos. Un millón de gracias, mi querido amigo, por los conceptos galantes con que V. me favorece, al recordar la afectuosa relación de amistad que recíprocamente hemos cultivado por más de 20 años con el eminente pensador americano. *Aprovecho gustoso esta oportunidad para expresar a V. que al designarlo como digno destinatario de las cartas íntimas de Alberdi, de muchos años, he querido rendir, de un modo práctico, culto homenaje a las bellas dotes, intelectual y moral, de un joven compatriota, futuro historiador nacional, de brillante porvenir.* Según habrá apreciado V. las cartas de Alberdi, ahora de su propiedad, son la biografía intelectual de su ilustre autor. Ellas contienen enseñanzas útiles, de orden público y privado, a la vez que íntimas confidencias de su prodigiosa potencia visiva. [...] Las generaciones paraguayas deben hojear los libros de Alberdi, con respetuosa admiración y eterna gratitud por la justicia que en ellos hace el erudito publicista argentino al derecho del pueblo paraguayo, defendido con heroísmo, contra las huestes invasoras de la triple alianza. Su adhesión a la causa del Paraguay, que le pareció justa, fue inquebrantable hasta la última jornada de Cerro Corá. Los futuros historiadores del Paraguay, desorientados por las opiniones contradictorias, las diatribas acres, las calumnias y ultrajes y las injusticias de los partidos políticos consultarán su libro con provecho y verán en él cual fue la actitud de Alberdi en épocas de disturbios intestinos y de conflictos internacionales en el Río de la Plata en los que fue envuelto artificiosamente el Paraguay.⁵³

Ahora bien, en procura de una mirada poliédrica de este momento de la corriente exaltadora de Alberdi en Paraguay, es necesario referirse al uso que se hizo de su memoria en el particular contexto político paraguayo de principios del siglo XX. Así, si Benites sustentó su impulso exaltador en la justicia y la gratitud a que Alberdi era acreedor por parte del pueblo paraguayo y O'Leary procuraría enlazarlo con su reivindicación de la guerra como epopeya nacional y la heroificación de Francisco Solano López, el análisis de la correspondencia mantenida entre ambos permite mostrar, asimismo, que ambos engarzarán la campaña glorificadora en su oposición al partido Liberal.

En el año 1887 se habían fundado los dos partidos políticos tradicionales paraguayos: la Asociación Nacional Republicana o partido Colorado y el partido Liberal. Si bien ambos tomaron la bandera del liberalismo, se puede aceptar que el coloradismo nació como expresión del nacionalismo de posguerra, ya que se proclamó heredero de la lucha de Francisco Solano López y expresión de una reacción a las tropas de la ocupación de la Triple Alianza; de hecho, la vertiente militar del partido Colorado estaba integrada por todos los jefes que acompañaron a López en la guerra, como los generales Bernardino Caballero y Patricio Escobar, aunque también contenía un sector civilista, que lideraba José Segundo Decoud, perteneciente, como señaláramos al comienzo, a aquel grupo de

⁵³ BNP – CO, Gaveta 4, CXLII, Villa Rica, septiembre de 1905.

paraguayos retornados luego de la guerra. Heredero de la facción política denominada Club del Pueblo, la Asociación Nacional Republicana había dominado la escena política desde 1870 hasta que en la última década del siglo comenzaron a advertirse señales de debilitamiento, sobre todo porque casi treinta años después de sancionada la Constitución aun se esperaba, sin que ocurriese, que la vida política se fuera a institucionalizar: las elecciones ocurrían siempre en un clima violento y de fraude y el sector militar-republicano dejaba entrever que no consentiría en un sistema de partidos políticos competitivos. Los políticos civiles, por su parte, estaban hartos de que los líderes militares los miraran con recelo y que todos los gobiernos apelasen al Ejército para sobrevivir, haciendo de él un factor decisivo en política. Lenta pero de manera irreversible, el régimen colorado vio abrirse el vacío a sus pies, por una vasta coalición de intereses sociales y económicos que desde mediados de 1903 se pusieron en su contra y determinaron su caída, al año siguiente. A partir de este desplazamiento del poder, los colorados tomaran para sí, como una ideología que los distinguía, la reivindicación del pasado histórico, un nacionalismo que los hacía oponerse a las censuras que habían caído contra la memoria de Francisco Solano López. Este *lopizmo*, que se irá consolidando a partir de la polémica Báez-O'Leary de 1902, endilgará a los integrantes del partido Liberal, que habían hecho de la conquista de elecciones libres su principal propósito y mantenían lazos económicos y culturales con la Argentina, los calificativos de *legionarios* y *antilopiztas*.

Precisamente aquella disputa se vio interrumpida por la urgencia política que condujo a sus protagonistas a posicionarse de manera diferente: Cecilio Báez liderará y será el ideólogo del movimiento revolucionario liberal, en tanto O'Leary se encontrará en las filas gubernistas del coloradismo. Como muestra de lo sangrienta y caótica que sería la situación política en adelante, basta decir que hasta 1912 ningún presidente civil en el Paraguay terminaría su mandato dentro de los términos constitucionales y el período comprendido entre 1908 y 1912 sería a tal punto extremo que se sucederían siete presidentes como producto de los múltiples enfrentamientos armados entre facciones de ambos partidos.

Pues bien, el ascenso del partido Liberal al poder situará a la campaña de O'Leary y de Benites a favor de Alberdi en una posición intelectual de militancia contra el *legionarismo* en el poder. Es indicativo de esto, por ejemplo, los calificativos que en el

intercambio epistolar utilizan ambos para referirse a los liberales: los llamarán *exóticos*, es decir, extranjeros, defensores de intereses foráneos; también los definirán como “encarnación de las ideas desbaratadas y enterradas en Tacuary”,⁵⁴ asociándolos al sector de los paraguayos llamados *porteñitas* que en 1811 postulaban la unión con Buenos Aires. Así, a mediados de 1905, luego del traspaso de las cartas, O’Leary relaciona, en una carta a Benites, su proyecto biográfico con la situación política:

Con el trabajo que tengo en preparación se habrá iniciado una gran corriente intelectual hacia el Dr. Alberdi. Yo creo que no está lejano el día de la apoteosis nacional de aquel nuestro grande amigo. La revolución al llevar al poder a los que fueron legionarios ha de producir la reacción inevitable contra los principios que estos encarnan. Es un hecho, por tal ¡todo es cuestión de esperar!⁵⁵

Junto al uso político de la acción exaltadora, hay otro aspecto vinculado a la situación de Gregorio Benites en el espacio público paraguayo que no se puede dejar pasar por alto. Los entresijos de su trabajo en el sentido de dar a conocer a la persona y los escritos de su amigo argentino parecen constituirse también en una tarea por la reivindicación de sus propios servicios, que sólo exiguamente le habían sido reconocidos en su país. No se disponen de testimonios irrefutables, ni siquiera explícitos de esta intencionalidad, pero una serie de circunstancias vienen en ayuda de esta conjetura: el conflicto que mantuvo con el senador Teodosio González, a raíz del rechazo, por parte del Congreso, a una petición de financiación para la publicación de sus textos de historia, la denegación por parte del Estado a otorgarle una jubilación y las gestiones, obligado por la estrechez económica creciente en los últimos años de su vida, encaminadas a enajenar parte de su archivo personal a la Biblioteca Nacional de Paraguay y a diligenciar acciones judiciales contra José Segundo Decoud por posesión fraudulenta de manuscritos provenientes de su acervo particular, a fin de obtener algún resarcimiento económico.

En el mes de agosto de 1904 Gregorio Benites presentó al Congreso una petición de fondos de 10.000 pesos para la publicación de la *Historia de los Empréstitos*, dos gruesos volúmenes en los que se proponía recoger la historia documentada de los antecedentes de los empréstitos de los años 1871 y 1872 y de su misión fiscalizadora en Londres en 1873,

⁵⁴ *Ibidem*. Cartas de Benites a O’Leary, Villa Rica, 29 de Enero de 1906 y 25 de julio de 1906; carta de O’Leary a Benites, Asunción, 9 de Enero de 1906.

⁵⁵ *Ibidem*. De Juan O’Leary a Benites, Asunción, 20 de julio de 1905

con el objeto de esclarecer los hechos en torno a aquella operación financiera. El senador Teodosio González, en la sesión del 26 de abril de 1905, fue el encargado de fundamentar el rechazo a la petición, argumentando que la publicación sólo tenía como objeto el beneficio personal de Benites, quien la utilizaría para su defensa frente a las acusaciones que, después de treinta años, aun pesaban sobre su desempeño:

[...]Entiendo que si el señor Benites tiene efectivamente idea de escribir esta obra, sería en beneficio exclusivo de él, porque sería su defensa, pues hasta ahora subsiste la acusación, subsiste la ley que le ha condenado y subsiste el concepto público, que es el peor. [...]Dudo, pues, mucho, de la idea de escribir tal historia, ni creo en la existencia de tales documentos y quiero poder al gobierno al amparo de cualquier chasco que pudiese resultar de esto.⁵⁶

Benites preparó una carta abierta que fue publicada en el diario *La Tarde* en la que refutaba las acusaciones de González:

Si me he permitido solicitar al Congreso esos recursos es porque carezco de los elementos necesarios para imprimir mis manuscritos. Mis compatriotas saben que así como soy el más viejo servidor de la Nación, soy quizás también el más pobre. Jamás he traficado con los puestos públicos de mi país, que he desempeñado desde joven, para labrar fortuna propia.⁵⁷

Y en carta a O'Leary exponía con más detalle el objetivo de su solicitud económica:

Yo creo, y he creído siempre, que el pueblo paraguayo, endeudado, debe conocer quienes fueron los que han intervenido en la negociación, de su deuda internacional, que pesa sobre él, en qué condiciones fue contratada, y con qué resultado; pero el honorable miembro informante de la Comisión de Legislación del Senado, Dr. González, es de opinión distinta. Es su derecho; como lo fue también al dictaminar en el proyecto de ley, sobre los premios a los que escribieron la mejor historia nacional del Paraguay. El ilustre criminalista ha afirmado que el proyecto de ley en referencia era "extemporáneo y perjudicial a los intereses del Estado". Tableau!⁵⁸

De esta circunstancia surge que Benites y su actuación pública pasada seguían siendo cuestionados, haciéndolo objeto, aun muchos años después, de un trato injusto. En esta línea se vincula, también, el tema de la jubilación. En efecto, Benites había iniciado, luego de alejarse de sus cargos en la Suprema Corte de Justicia y en el Senado, un

⁵⁶ República de Paraguay, Cámara de Senadores, Actas de Sesiones, Sesión Ordinaria del 26 de abril de 1905, páginas 94 y siguientes.

⁵⁷ *La Tarde*, Asunción, martes 1 de agosto de 1905.

⁵⁸ BNP, CO, Gaveta 4, CXLII. Villa Rica, 12 de julio de 1905

expediente para obtener ese beneficio por parte del Estado, más el asunto pareció haber quedado encarpetaado y finalmente le fue denegado:

Negar la jubilación a Benites significa, de algún modo, desconocer la “consagración” suya al servicio de su país. Un señor José Antonio Ortiz, que desempeñaba la Fiscalía general del Estado ha dicho, por obediencia o por estupidez, en su dictamen, que “el señor Benites no puede jubilarse.” Es el caso de preguntar a ese Caballerito, Dr. en Jurisprudencia y Ciencias Sociales, graduado en la universidad porteña, si sabe que existe en el Paraguay y fuera de él un solo paraguayo que haya servido al país por más largos años, en puestos más elevados y con más lealtad que el suscrito.⁵⁹

Esta estrechez económica agudizó en Benites la percepción de que sus “servicios y su patriotismo” no acababan de ser reconocidos, algo así como lo que le ocurriera a Alberdi en su propio país. Apeló, en tal circunstancia, a dos recursos para paliar la pobreza. El primero consistió en ofrecer en enajenación a la Biblioteca Nacional, a través de su director, Juan Silvano Godoy, unos materiales procedentes de su archivo privado:

Tengo seis gruesos volúmenes de recortes impresos, coleccionados por mí, durante la guerra, de los diarios de América y Europa, por y contra. Contienen artículos de diarios, correspondencias de los ejércitos beligerantes, partes oficiales, proclamas, notas oficiales, cartas particulares de distintos personajes civiles y militares, grabados, etc. En fin, numerosos materiales para confeccionar la historia de la guerra del Paraguay.⁶⁰

Le envié a O’Leary uno de los volúmenes para que pudiera ponderar su importancia y lo exhibiese en la vidriera de la librería que acababa de abrir en Asunción. Argumentaba que sería un “acto de patriotismo” el que se quedaran esos impresos en el país pero que debido a su situación, si ello no ocurría, estaba dispuesto a venderlos en Buenos Aires:

Sírvase V. decir al amigo Don Silvano que practicaría un acto de verdadero patriotismo si adquiriese mi colección de recortes históricos para la institución de su competente administración. Le diré que no he dejado de pensar en ofrecer de regalo a la Biblioteca Nacional mis seis volúmenes de documentos históricos; pero las necesidades personales que tienen cara de hereje me han disuadido de mis propósitos. Por eso he resuelto enajenarlos, de preferencia en el país, si es posible. Sólo en caso extremo los mandaré al exterior, como me los pide un amigo que los ha visto.⁶¹

⁵⁹ *Ibidem.* De Benites a O’Leary, Villa Rica, 25 de julio de 1906.

⁶⁰ *Ibidem.* De Benites a O’Leary, Villa Rica, 6 de Octubre de 1906.

⁶¹ *Ibidem.* De Benites a O’Leary, Villa Rica, 18 de Octubre de 1906.

No nos constan las razones por las que la operación con la Biblioteca Nacional no se llevó a cabo ni tampoco la venta en Buenos Aires, quedando ese material en su archivo. Fracasado este medio para hacer frente a su penuria, Benites retomó las acciones judiciales contra José Segundo Decoud por posesión fraudulenta de parte de sus papeles privados. El origen de esta demanda se remontaba al año 1874 cuando, como apuntáramos, de regreso a su país luego de su misión diplomática en Londres, fue acusado de mal desempeño de sus funciones, puesto en la cárcel y saqueada su casa. Entre lo robado habría estado un caudal no determinado de cartas de Alberdi correspondientes a los años 1862 a 1869. Cuando preparaba el traspaso de las misivas a O'Leary, en 1905, al explicarle las causas que lo habían privado de la posesión de aquella voluminosa e importantísima correspondencia sostenía que:

Ese soi disant gobierno era la hechura grotesca de los agentes diplomáticos y militares de los países vencedores y como tal obedecía las órdenes de estos. Y como a mí me cupiera el honor de defender en el exterior, durante cinco años, la causa del Paraguay en su guerra contra tres naciones poderosas era lo que por disposición de estos me aplicasen la pena correspondiente al más famoso criminal de lesa patria. La voluminosa correspondencia epistolar de Alberdi de cinco años que tenía fue saqueada de mi casa con todos mis papeles, libros, muebles, etc., por los inquisidores del año 1874. No sé donde, en qué poder se encontrará esa correspondencia importantísima”.⁶²

Pero hacia finales del año 1905, consta que acusaba ya a José Segundo Decoud, uno de los intelectuales más prestigiosos del país, por haber comprado parte de su archivo saqueado en 1874:

Tengo documentos y testimonios personales sobre esa posesión fraudulenta, criminal. Ese caballero es temerario en regalar mis papeles personales que tiene en su poder, mal habidos. Dígame V. ¿en qué forma debemos empezar la gestión con ese señor? Este no podrá negar, sin incurrir en mala fe, que posee mis papeles privados ¿Le puede V. hablar sobre el particular? Según lo que le conteste V. le puede anunciar que la gestión se practicará en otra forma. Que al efecto mandaré poder legal. Entonces ¡arderá Troya! Decoud tiene más de 500 cartas de Alberdi y la correspondencia confidencial del mariscal López que me pertenecen. Aquellas desde 1862 a 1878 y la última desde 1860 a 1869.⁶³

A lo largo de todas estas circunstancias, parece asociar su situación “injusta” con la sufrida por Alberdi: “En fin, mi querido amigo -escribía a O'Leary- éste, su anciano amigo,

⁶² *Ibidem*. De Benites a Juan O'Leary, Villa Rica, 5 de junio de 1905.

⁶³ *Ibidem*. De Gregorio Benites a Juan O'Leary. Villa Rica, 17 de Mayo de 1907.

pertenece a la escuela de aquellos viejos patricios que anteponían siempre la dignidad nacional y los intereses de la Patria, a cualquiera consideración de carácter particular, o complacencias de efectos contraproducentes⁶⁴.

Benites falleció el 31 de diciembre de 1909 sin obtener el resarcimiento económico ni moral por los que bregó en los últimos años de su vida; el joven amigo O'Leary se constituyó en el depositario de todo su archivo privado. Al año siguiente, con motivo de conmemorarse el Centenario del nacimiento de Alberdi quedó inaugurada, finalmente, su estatua en el centro de Asunción y *El Diario* editó, por primera vez en Paraguay, *El Imperio del Brasil ante la Democracia de América*⁶⁵ cumpliéndose así los objetivos propuestos por Benites en el programa de 1889.

Bajo el liderazgo de O'Leary en la cultura paraguaya del siglo XX, la memoria de Alberdi, continuamente reconstruida y re-escrita quedará subordinará al discurso *revisionista* del pasado, en el que será situado como el más *sincero y leal amigo, ilustre benefactor y nobilísimo defensor* de la nación paraguaya pero sobre todo, de su héroe máximo, el Mariscal López.

⁶⁴ *Ibidem.*

⁶⁵ Asunción, *El Diario*, 1911. Como se recordará, esta compilación de los artículos escritos por Alberdi durante la guerra tuvo una primera edición en 1869. En Buenos Aires se había prohibido la venta y su distribución. Los editores de esta entrega en Paraguay, expresaban que “es la ignorancia respecto a nuestro pasado” el motivo principal de la publicación, puesto que ya no era posible que hubiese “dos opiniones diferentes sobre las verdaderas causas del drama – la voracidad del Imperio brasileño entre otras- es inadmisibles que continuemos haciendo coro a las imposturas de nuestros victimarios. Y a fin de difundir la luz y demostrar que fuimos víctimas inocentes de una vasta confabulación hemos resuelto reproducir las páginas de nuestro insigne defensor Alberdi”.

